

cosa.. bastante singular. Mandé al criado de Reinaldo que quitase de mi habitación el revólver, porque yo continuaba viendo en sueños el disparo y sintiendo el frío sobre la sien... Y después de cumplir la orden, el criado vino á decirme: «Señorita, no había porqué tener miedo... Este revólver no estaba cargado...»

—¿Que no estaba cargado?

—No, señora; ni me parece que lo ha estado nunca... Como que el pobre señorito ni llegó á comprar las cápsulas. Si hasta le pregunté, á veces, si quería que me pasase por casa del armero y las trajese, y no me respondió, y luego no se volvió á hablar más del asunto...

—De modo—añadió la cardiaca,—que un revólver sin carga me pegó el tiro, no en la cabeza, pero en mitad del corazón, y crea usted que, á pesar de digital y baños y todos los remedios, la bala no perdona...

IX

El Gemelo

La condesa de Noroña, al recibir y leer la apremiante esquila de invitación, hizo un movimiento de contrariedad. ¡Tanto tiempo que no asistía á las fiestas! Desde la muerte de su esposo: dos años y medio, entre luto y alivio. Parte por tristeza verdadera, parte por comodi-

dad, se había habituado á no salir de noche, á recogerse temprano, á no vestirse y á prescindir del mundo y sus pompas, concentrándose en el amor maternal— en Diego, su adorado hijo único.—Sin embargo, no hay regla sin excepción; se trataba de la boda de Carlota, la sobrina predilecta, la ahijada... No cabía negarse.

—Y lo peor es que han adelantado el día... —pensó.—Se casan el 16... Estamos á 10... Veremos si madama Pastiche me saca de este apuro. En una semana bien puede armar sobre raso gris ó violeta mis encajes. Yo no exijo muchos perifollos. Con los encajes y mis joyas...

Tocó un golpe en el timbre y pasados algunos minutos acudió la doncella.

—¿Qué estabas haciendo?—preguntó la condesa impaciente.

—Ayudaba á Gregorio á buscar una cosa que se le ha perdido al señorito.

—¿Y qué cosa es esa?

—Un gemelo de los puños. Uno de los de granate que la señora condesa le regaló hace un mes.

—¡Válgame Dios! ¡Qué chicos! ¡Perder ya ese gemelo, tan precioso y tan original como eral! No los hay así en Madrid. ¡Bueno! ya seguiréis buscando: ahora tráete del armario mayor mis Chantillies, los volantes y la berta. No sé en qué estante los habré colocado. Registra...

La sirvienta obedeció, no sin hacer á su vez ese involuntario mohín de sorpresa que producen en los criados ya antiguos en las casas las órdenes inesperadas que indican variación en

el género de vida. Al retirarse la doncella, la dama pasó al amplio dormitorio y tomó de su secreter un llavero, de llaves menudas; se dirigió á otro mueble, un escritorio-cómoda Imperio, de esos que al bajar la tapa forman mesa y tienen dentro sólida cajonería, y lo abrió, diciendo entre sí:

—Suerte que las he retirado del Banco este invierno... Ya me temía que saltase algún compromiso.

Al introducir la llavecita en uno de los cajones, notó con extrañeza que estaba abierto.

—¿Es posible que yo lo dejase así?—murmuró casi en voz alta.

Era el primer cajón de la izquierda. La condesa creía haber colocado en él su gran rama de eglantinas de diamantes. Sólo encerraba chucherías sin valor, un par de relojes de esmalte, papeles de seda arrugados. La señora, desazonada, turbada, pasó á reconocer los restantes cajones. Abiertos estaban todos; dos de ellos astillados y destrozada la cerradura. Las manos de la dama temblaban; frío sudor humedecía sus sienes. Ya no cabía duda; faltaban de allí todas las joyas, las hereditarias y las nupciales. Rama de diamantes, sargas de perlas, collar de chatones, broche de rubíes y diamantes... ¡Robada! ¡Robada!

Una impresión extraña, conocida de cuantos se han visto en caso análogo, dominó á la condesa. Por un instante dudó de su memoria, dudó de la existencia real de los objetos que no veía. Inmediatamente se le impuso el recuerdo

preciso, categórico. ¡Si hasta tenía presente que al envolver en papeles de seda y algodones en rama el broche de rubíes, había advertido que parecía sucio, y que era necesario llevarlo al joyero á que lo limpiase!—Pues el mueble estaba bien cerrado por fuera.. —calculó la señora, en cuyo espíritu se iniciaba ese trabajo de indagatoria que hasta sin querer verificamos ante un delito.—Ladrón de casa. Alguien que entra aquí con libertad á cualquier hora; que aprovecha un descuido mío para apoderarse de mis llaves; que puede pasarse aquí un rato probándolas... Alguien que sabe como yo misma el sitio en que guardo mis joyas, su valor, mi costumbre de no usarlas en estos últimos años.

Como rayos de luz dispersos que se reúnen y forman intenso foco, estas observaciones confluyeron en un nombre:

—¡Lucía!

¡Era ella! No podía ser nadie más. Las sugerencias de la duda y del bien pensar no contrarrestaban la abrumadora evidencia. Ciertamente Lucía llevaba en la casa ocho años de excelente servicio. Hija de honrados arrendadores de la condesa; criada á la sombra de la familia de Noroña, probada estaba su lealtad por asistencia en enfermedades graves de los amos, en que había pasado semanas enteras sin acostarse, velando, entregando su juventud y su salud con la generosidad fácil de la gente humilde. Pero—discurría la condesa,—cabe ser muy leal, muy dócil, hasta desinteresado... y ceder un día á la tentación de la codicia, dominadora de los de-

más instintos. Por algo hay en el mundo llaves, cerrojos, cofres recios; por algo se vigila siempre al pobre, cuando la casualidad ó las circunstancias le ponen en contacto con los tesoros del rico... En el cerebro de la condesa, bajo la fuerte impresión del descubrimiento, la imagen de Lucía se transformaba—fenómeno psíquico de los más curiosos.—Borrábase los rasgos de la criatura buena, sencilla, llena de abnegación, y aparecía una mujer artera, astuta, codiciosa, que aguardaba, acorazada de hipocresía, el momento de extender sus largas uñas y arramblar con cuanto existía en el guardajoyas de su ama...

—¡Or eso se sobresaltó la bribona cuando la mandé traer los encajes—pensó la señora, obedeciendo al instinto humano de explicar en el sentido de la preocupación dominante cualquier hecho.—Temió que al necesitar los encajes necesitase las joyas también. ¡Ya, ya! Espera, que tendrás tu merecido. No quiero ponerme con ella en dimes y diretes: si la veo llorar, es fácil que me entre lástima, y si la doy tiempo á pedirme perdón, puedo cometer la tontería de otorgárselo. Antes que se me pase la indignación, el parte.

La dama, trémula, furiosa, sobre la misma tabla de la cómoda-escritorio trazó con lápiz algunas palabras en una tarjeta, la puso sobre y dirección, hirió el timbre dos veces, y cuando Gregorio, el ayuda de cámara, apareció en la puerta, se la entregó.

—Esto, á la delegación, ahora mismo.

Sola otra vez, la condesa volvió á fijarse en los cajones.

—Tiene fuerza la ladrona—pensó al ver los dos que habían sido abiertos violentamente.—Sin duda, en la prisa, no acertó con la llavecita propia de cada uno, y los forzó. Como yo salgo tan poco de casa y me paso la vida en ese gabinete...

Al sentir los pasos de Lucía que se acercaba, la indignación de la condesa precipitó el curso de su sangre, que dió, como suele decirse, un vuelco. Entró la muchacha trayendo una caja chata de cartón.

—Trabajo me ha costado hallarlos, señora. Estaban en lo más alto, entre las colchas de raso y las mantillas.

La señora no respondió al pronto. Respiraba para que su voz no saliese de la garganta demasiado alterada y ronca. En la boca revolvía hieles, en la lengua la hormigueaban insultos. Tenía impulsos de coger por un brazo á la sirviente y arrojarla contra la pared. Si la hubiesen quitado el dinero que las joyas valían, no sentiría tanta cólera; pero es que eran joyas de familia, el esplendor y el decoro de la estirpe... y el tocarlas, un atentado, un ultraje...

Se domina la voz, se sujeta la lengua, se inmovilizan las manos... los ojos no. La mirada de la condesa buscó, terrible y acusadora, la de Lucía, y la encontró fija, como hipnotizada, en el mueble escritorio, abierto aún, con los cajones fuera. En tono de asombro, de asombro ale-

gre, impremeditado—la doncella exclamó, acercándose:

—¡Señoral! ¡Señoral! Ahí... en ese cajoncito del escritorio... ¡El gemelo que faltaba! ¡El gemelo del señorito Diego!

La condesa abrió la boca, extendió los brazos, comprendió... sin comprender. Y, rígida, de golpe, cayó hacia atrás, perdido el conocimiento, casi roto el corazón.

X

De un nido

Teniendo que ir á Madrid para la gestión de un asunto importante, de esos en que se atraviesan intereses considerables y que obligan á pasarse meses limpiando el polvo á los bancos de las antesalas con los fondillos del pantalón, me informé de una casa de huéspedes barata, y en ella me acomodé en una sala «decente» con vistas á la calle de Preciados.

Intentaron los compañeros de mesa redonda que se estableciese entre nosotros esa familiaridad de mal gusto, ese tiroteo de bromas y disputas que suele degenerar en verdadera importunidad ó en grosería franca. Yo me metí en la concha. El único huésped que demostraba reserva era un muchacho como de unos veinticuatro años, muy taciturno, que se llamaba Deme-

trio Lasús. Llegaba siempre tarde á la mesa, se retiraba temprano, comía poco, de través; bebía agua, respondía con buena educación, pero no buscaba la cháchara ni aparecía jamás preguntón ni entrometido, y estas cualidades me infundieron simpatía.

Solo yo en una ciudad donde no conocía á nadie; separado de la familia, á la cual siempre he sido apegadísimo—mis necesidades afectivas se revelaron en el cariño que cobré á aquel mozo apenas le ví espontanearse y logré que entrase en mi cuarto, contiguo al suyo, dos ó tres veces, para aceptar un café que yo hacía en maquinilla. Me contó su historia: aspiraba á un destino, se lo tenían ofrecido, pero era preciso armarse de paciencia. Mi olfato me dijo que la historia no estaba completa, y que detrás de aquellas revelaciones quedaba mucho que saber; pero discretamente me dí por contento y ofrecí servicios. Dinero no, y lo sentía; que á ser rico, á no tener cinco hijos, el mayor de diez años, creo que me despojo de mi caudal para remediar la situación, asaz apurada, de Demetrio.....

Detrás de la juventud suponemos el amor, y para el amor tenemos indulgencias y condescendencias infinitas. Yo creía á Demetrio enamorado, y pendiente, para realizar su felicidad, del consabido destino. Así me explicaba la preocupación del mozo, sus desapariciones, los aspectos misteriosos de su vivir, su desgana, su color quebrado y macilento. Adelantándome á la confianza, dí lo del amor por hecho, y con tal seguridad lo afirmé, que Demetrio vino á decla-